
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 39: Corazones ingratos

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 39

CORAZONES INGRATOS

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 39

Bienvenidos a la lección número 39 de nuestra serie sobre la Historia de la Biblia del Antiguo Testamento. En esta lección, la nación itinerante de Israel está acercándose al final de su tiempo en el Sinaí, y se prepara para entrar en la Tierra Prometida. Puedes seguirnos con tu Biblia, en Números, los capítulos 1 al 14.

Antes de empezar tengo unas preguntas para ti. ¿Alguna vez te has quejado? O tal vez debería decir: ¿Cuándo fue la última vez que te quejaste? ¿Estás contento con tus padres? ¿Eres infeliz con tu lugar en la vida? ¿Sientes que mereces algo diferente a lo que Dios te ha dado? Veremos en esta historia que Israel continúa con su hábito pecaminoso de murmurar y quejarse no sólo contra Moisés, sino también contra Dios.

En la primera parte de esta historia escucharemos el final de las instrucciones de Dios a Moisés sobre cómo Israel debía adorarlo. En la segunda parte seguiremos a Israel en su viaje desde Sinaí hasta Canaán, la tierra prometida. Al final haremos algunas conexiones a partir de esta historia para mostrar cómo Moisés es un tipo del Señor Jesús. También aprenderemos lo que Dios hace, es decir, salvar a Su pueblo por causa de Su Nombre.

Comenzamos nuestra historia agrupados en un círculo con Moisés, Aarón y unos doce hombres. Todos ellos están contando el número de hombres de su tribu que son capaces de servir en el ejército. Este número supera los 600 mil. Lo que significa que la población total de Israel era alrededor de unos 2 millones y medio de personas. Dios ha sido fiel a Israel, asegurándose de que ellos estuvieran listos para pelear las guerras que Él les dijo que vendrían. Este número no incluye a los levitas. Ellos no servían en el ejército, sino que debían ayudar a Aarón, el sumo sacerdote, y a sus hijos.

Esta tribu de Leví fue la única que no adoró al becerro de oro en el Sinaí. Ahora se les ha dado la tarea especial de estar a cargo del transporte y la instalación del Tabernáculo. Cuando los levitas armaban sus tiendas en el campamento debían hacerlo en un círculo protector alrededor del Tabernáculo recién armado. Fuera de ese círculo, cada una de las doce tribus tenía su propia ubicación. Desde que salieron apresuradamente de Egipto, ha pasado un año, y ahora están muy bien organizados. Volvamos nuestra atención al capítulo 6, donde nuevamente vemos acerca de las instrucciones y provisiones de Dios para la adoración de Israel.

En este capítulo veo a una mujer acercándose a la puerta del Tabernáculo. Ella está trayendo algunos sacrificios, pero antes de entrar hace algo inusual. Se arrodilla y se corta todo el cabello de su cabeza, asegurándose de recogerlo todo. En el altar, el sacerdote ofrece los sacrificios, y también los cabellos. Verás, esta mujer era nazarea. Esto significa que había hecho una promesa solemne de apartarse de su trabajo diario para entregarse de manera especial al servicio del Señor. Durante este tiempo se mantuvo alejada de cualquier bebida fuerte, dejó que le creciera el cabello, y se mantuvo alejada de cualquier persona muerta. Más adelante, en otras historias, aprenderemos acerca de otras personas que también fueron nazareos.

Un poco más tarde en el día, nos reunimos con esta mujer, y con el resto del pueblo de Israel para el sacrificio de la tarde. Antes de despedir al pueblo, el sacerdote levanta sus manos, y bendice al pueblo. Él dice: «Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz». Una breve bendición, pero llena de todo el bien que Dios deseaba para Su pueblo. Allí está la bendición de Dios, Su protección, Su presencia y complacencia, Su gracia inmerecida, Su atención hacia Su pueblo y, finalmente, Su paz. Esta bendición contiene toda la bendición prometida, y este pueblo tuvo el privilegio de recibirla todos y cada uno de los días.

En el capítulo 7, recordamos el momento en que el tabernáculo fue terminado, y dedicado para el servicio de Dios. Durante 12 días, cada una de las tribus vino, y ofreció sacrificios, y ofrendas para usarse en las ceremonias del Tabernáculo. Estas eran ofrendas muy valiosas de platos y tazones de plata y oro, grano, harina, aceite, toros, carneros, corderos, bueyes y cabras. Todo ello se mide, se cuenta y se registra cuidadosamente. En total se sacrifican 240 animales. ¡Qué claro recordatorio de que sin la sangre de un sacrificio no podría haber limpieza del pecado!

Hemos sido testigos de esta dedicación en lecciones bíblicas anteriores, y aquí, en este capítulo, tenemos otra historia de ella. Moisés tiene el privilegio especial de entrar en el Tabernáculo. Oyó la voz de Uno que hablaba desde el Propiciatorio que estaba sobre el Arca del Testimonio, entre los dos querubines. Este es un acontecimiento muy especial y santo: El cumplimiento de la promesa que Dios le hizo a Moisés cuando le ordenó construir el Tabernáculo.

Después de que Aarón encendiera el candelero de oro en el Tabernáculo, los levitas estarían listos para comenzar su servicio. Se les rociaba con agua, se les afeitaba el pelo, y se les lavaba junto con sus ropas. Los levitas representan al pueblo de Israel, y pusieron sus manos sobre los animales que fueron sacrificados por ellos.

Todos estos eventos sucedieron después de haber acampado durante aproximadamente un año en el Sinaí. La presencia de Dios todavía está con ellos. Ellos lo saben por la nube que descansa sobre el Tabernáculo. Por la noche, esta nube parecía ser de fuego.

Cuando Dios quería, esta nube se levantaba, y el pueblo sabía que era hora de seguir adelante. Dios continúa proveyendo misericordiosamente instrucciones a Moisés para prepararlos para la adoración, y para su próximo viaje.

Moisés debía hacer dos trompetas de plata, y usarlas para comunicarse con la nación de Israel. Estas trompetas los llamarían para moverse, los llamarían para la guerra o anunciarían una fiesta. Con todas estas instrucciones de Dios sobre cómo debían adorarlo y servirlo, ahora estaban listos para continuar su viaje a Canaán.

La nube de la presencia de Dios se levanta del Tabernáculo, e Israel comienza un viaje de tres días desde el Sinaí hasta Parán. El Arca del Pacto, símbolo de la presencia de Dios, marca el camino. Parece que Moisés pudo convencer a su suegro de que se quedara con ellos. Jetro, llamado Hobab, en este capítulo, estaba pensando en regresar a su propio hogar en Madián. Moisés reconoce su excelente conocimiento del campo, pero también deseaba que su suegro reciba los beneficios del pacto, y experimente el favor de Dios, también. Si bien el conocimiento geográfico de Jetro –o de Hobab– era bueno, realmente, es la presencia del Señor la que los guía.

Cuando el arca comienza a moverse, Moisés decía: «Levántate, Jehová, y sean esparcidos tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen». Y cuando ella se detenía, Moisés decía: «Vuelve, Jehová, a los millares de millares de Israel». Moisés pide la victoria del Señor sobre sus enemigos, y la presencia permanente de Dios con su pueblo, todos los días.

Bueno, ¿y qué pensabas? Que con un líder piadoso como Moisés, con la presencia de Dios guiándolos, con una nación camino a la Tierra Prometida, ¿debe haber sido un grupo maravilloso de personas! Pero, no, en absoluto. Míralos mover la cabeza. Escucha sus murmuraciones. Se están quejando. ¡Qué terrible! Deberían estar alegres, pero se están quejando. El Señor castiga este pecado, inmediatamente. El pueblo clama a Moisés para que los salve, y Moisés intercede ante el Señor. Esto significa que oró al Señor por el pueblo. Y, el juicio de Dios se detiene.

Pero, tan pronto como pasa el castigo, el pueblo comienza a quejarse sobre: el maná, el pan del cielo, ¡sobre Dios mismo! Se quejan de ello, y quieren la variedad de comida que tenían en Egipto. Lo que están diciendo es que el plan de Dios para liberarlos, no era tan bueno como el que tenían en la esclavitud. ¡Qué terrible e ingrato pensar que lo que tenían siendo libres no era tan bueno como lo que tenían siendo esclavos!

Moisés se cansa de las quejas del pueblo, está descontento con su incapacidad para guiar al pueblo. Le pide al Señor que le quite la vida, y que lo libere de la pesada carga de guiar a este pueblo. Dios, en lugar de eso, llama a setenta ancianos para compartir la tarea de guiar al pueblo con Moisés. Y también responde a la queja de tener más comida con una gran cantidad de aves que cayeron al suelo. ¡Ahora, la gente tiene tanta carne

que es inimaginable! Mientras están comiendo, Dios envía una plaga que causó la muerte de los codiciosos que siempre se quejaban. Estas personas han comido hasta morir. El nombre de este lugar es Kibrot Hataava –o «Tumbas de la Codicia».

Luego, viajan a Hazerot, y allí sucede otra cosa terrible. La hermana y el hermano de Moisés –María y Aarón– están celosos de la posición de Moisés como líder de Israel, y de su relación especial con Dios. María es castigada por su pecado, y en lugar de que, Moisés diga orgullosamente «¡Mira, ciertamente soy el favorito de Dios!», él ora por la recuperación de María. Aarón también se arrepiente de su pecado.

Cuando los israelitas salen de Hazerot, acampan en el desierto de Parán. Parece como si el viaje a la tierra prometida estuviera a punto de terminar. A medida que se acercan a las fronteras, Moisés envía un grupo de doce hombres, doce espías, a Canaán. Su tarea era ir a observar la tierra y su vegetación, los habitantes y su fuerza, las ciudades y sus defensas. Moisés los despidió con las palabras: «¡Sean valientes!». Parecía que dos de los hombres, Caleb y Josué, habían sido bendecidos con una fuerte fe en Dios, y eran especialmente valientes.

Pues bien, después de 40 días y cientos de kilómetros de viaje, estos espías regresaron con una muestra de lo fructífera que era la tierra. Verdaderamente, era de tierra que fluía leche y miel. Ellos regresaron con un racimo de uvas tan grande que tenían que cargarlo con un palo, entre dos hombres. A pesar de que Dios le había prometido a Israel que les entregaría esta tierra, los espías que regresaron desanimaron a Israel de seguir adelante.

«La gente es demasiado fuerte, las ciudades están muy bien fortificadas», dijeron. El pueblo confió más en la palabra de los espías que en la promesa de Dios. Caleb, fortalecido por la fe en Dios, dijo: «Vayamos y tomémosla». ¡Él creyó la promesa de Dios!

La gente está tan desanimada que trazan un terrible plan para regresar a Egipto. Moisés y Aarón suplican a Dios por misericordia para este pueblo rebelde. Josué y Caleb, rasgaron sus vestiduras, lamentando el juicio venidero de Dios por esta rebelión. Ellos suplicaron al pueblo, recordándoles la promesa de Dios de traerlos a esta tierra. Ellos dijeron: «¡El Señor está con nosotros, no teman a la gente de esta tierra!». El pueblo de Israel amenazó con apedrearlos.

Dios nuevamente habla a Moisés diciéndole que se deshará de este pueblo infiel e incrédulo y, en su lugar, hará de Moisés una gran nación. Moisés le ruega a Dios que salve al pueblo de Israel por amor a Su propio nombre. «Señor», él dice, «si matas a todo este pueblo, los egipcios se enterarán, y dirán que no fuiste lo suficientemente fuerte para rescatarnos. Señor, demuestra que verdaderamente eres un Dios lento para la ira, y un Dios grande en misericordia». Dios los perdona, pero Israel sufrirá por sus pecados. Pasarán los próximos 40 años errando por el desierto. Un año errantes por cada día que

los espías estuvieron en Canaán. De todos los que salieron de Egipto, sólo Caleb y Josué, los espías fieles, sólo ellos sobrevivirán para ver la Tierra Prometida.

Y así llegamos al final de esta historia. Pero, ¿qué podemos aprender acerca de quién es Dios, y lo qué hace? Aprendemos solemos quejarnos, pero también que Dios es fiel. Aprendemos que Dios es fiel, y que salva a las personas; no porque lo merezcan, sino por amor a Su propio nombre.

Una de las cosas que hemos oído que hacen los israelitas es murmurar, y quejarse. Se quejan de la dirección de Dios. Moisés se queja de los israelitas, y de lo difícil que es guiarlos. ¡Quejarse no está bien! Va en contra de la dirección de Dios en nuestras vidas. Si miramos a Moisés en el capítulo 11, él se queja de que llevar a este pueblo a su liberación es demasiado. Ellos son demasiado difíciles de liderar y llevar. ¡La carga es demasiado grande!

Pero, tú ya sabes que Moisés es un tipo del futuro Mesías, el Señor Jesucristo. Moisés fue un libertador, un profeta, un siervo de Dios, un intercesor, el amigo de Dios, el mediador de la Ley, y del pacto. Él era el que estaba entre Dios e Israel. El Señor Jesús también es todo esto. Pero, él hizo Su obra sin una sola queja pecaminosa.

En esta historia aprendemos que Moisés era un hombre manso y humilde. ¿Qué es la mansedumbre? Otra palabra podría ser humildad. Moisés es descrito como muy manso, más que todos los hombres sobre la faz de la tierra. Esta gracia fue el resultado de una vida cercana con el Señor. Esto se manifestó en la humilde sumisión de Moisés a Dios, su confianza paciente en Dios, su actitud amorosa, paciente y amable hacia los demás. Moisés era el líder de Israel con gran poder y autoridad, pero no permitió que eso se le subiera a la cabeza, para que se crea mejor que los demás.

Él no se enorgullecía de este poder. Él era manso. Consideremos al Señor Jesús, quien dijo de Sí mismo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra»; y, sin embargo, Él también es «manso y humilde de corazón». Así que, Moisés, aunque tenía autoridad, no deseaba tenerla de forma egoísta. Él no tenía ese egoísmo. Una persona mansa no es una persona débil, sino verdaderamente fuerte. Moisés es un muy buen ejemplo de alguien que tiene un carácter fuerte con convicciones firmes, su voluntad consistía en hacer la voluntad de Dios. Era una voluntad desinteresada que solo quería hacer la voluntad de Dios.

Parecía que cuando Moisés quería hacer la voluntad de Dios, nada podía apartarlo de ella. Por supuesto, el Señor Jesucristo también posee un carácter santo y justo. Su deseo era hacer la voluntad de Su Padre. El Señor Jesús encontró oposición a lo largo de Su vida cuando realizó Su obra de redimir a Su Iglesia. Especialmente al final de Su vida, hubo tantos ataques contra Él, tantos malentendidos sobre quién era Él, y lo que tenía que hacer, pero «angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue lle-

vado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca».

Hasta ahora hemos descrito cómo Moisés es un retrato del Señor Jesús. Pero Moisés seguía siendo un pecador, y hubo momentos en los que fue desobediente a la voluntad de Dios, en lugar de ser manso. El Señor Jesús es más grande que Moisés. En Hebreos 3, se describe a Moisés como «fiel en toda la casa de Dios, como siervo». Moisés gobernó la casa de Dios, es decir, Israel, con fidelidad. Pero lo hizo como siervo. El Señor Jesús gobernó la casa de Dios, su Iglesia, como un hijo fiel. Moisés fue el mediador del primer pacto, el Señor Jesús es el mediador perfecto de un mejor pacto. En Juan 1:17: «Porque la ley por Moisés fue dada, mas la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo».

El último punto de conexión que haremos es aprender acerca de lo que Dios hace. ¿Qué es lo que Dios hace? Él salva. Salva a pecadores. ¿Por qué? No es porque lo merezcan, sino porque Dios salva a pecadores por causa de Su propio Nombre, por Su propio honor y gloria.

Moisés le suplica a Dios: «Por favor, no destruyas a este pueblo porque Egipto no lo entenderá, no lo verán como un acto de tu justicia, dirán que fue porque no fuiste lo suficientemente poderoso. ¡Señor, piensa en tu gloria, piensa en tu honor!». Fíjate en la oración de Moisés que él está preocupado, no sólo por el pueblo que él dirige, sino que está preocupado de que se haga la voluntad de Dios, y esto traiga honor y gloria al Nombre de Dios. Por eso, Dios salvó a Israel, por amor a Su propio Nombre. Isaías 63:14, habla de esto: «El Espíritu de Jehová les dio descanso [a Israel]... así pastoreaste a tu pueblo, para hacerte un nombre glorioso». Eso estaba en el Antiguo Testamento, pero también está en el Nuevo Testamento.

El Señor Jesucristo liberó al pueblo que Dios le dio, y en Su vida, muerte y resurrección, los pecadores son salvados. Pero lo más importante es que en la vida, muerte y resurrección de Su Hijo, Dios es glorificado. En Juan 13:31, Jesús dijo acerca de Su muerte venidera: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él». Esta es la obra del Señor Jesús: glorificar a Su Padre. ¡Él hizo eso en Su vida y muerte! Juan 17:4: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera».

En esta lección, hemos aprendido acerca de un pueblo que se queja, un Moisés manso, y un Dios que salva por amor de Su Nombre. En nuestra próxima lección aprenderemos acerca de Aarón, y cómo él también es un retrato del futuro Mesías.